

FRANCISCO HENRÍQUEZ DE JORQUERA

ANALES DE GRANADA

Descripción del Reino y Ciudad de Granada. Crónica de la
Reconquista (1482-1492). Sucesos de los años 1588 a 1646

VOLUMEN I

EDICIÓN PREPARADA SEGÚN EL MANUSCRITO ORIGINAL

ANTONIO MARÍN OCETE

ESTUDIO PRELIMINAR

PEDRO GAN GIMÉNEZ

ÍNDICE

LUIS MORENO GARZÓN

NOTA SOBRE MANUEL BARRIOS AGUILERA

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA

GRANADA

2022

ÍNDICE

Manuel Barrios Aguilera y <i>ARCHIVUM</i>	[11]
Nota Editorial	[27]
Estudio Preliminar	[29]

ANALES DE GRANADA

Prólogo	VII
LIBRO PRIMERO	
Descripción del Reino y ciudad de Granada.....	1
LIBRO SEGUNDO	
Conquista de Granada	275

ÍNDICE

ANALES DE GRANADA

LIBRO TERCERO

Anales de Granada	519
ÍNDICE ANALÍTICO	945
ÍNDICE DE LÁMINAS	1153
ÍNDICE GENERAL	1021
FE DE ERRATAS	1191

FRANCISCO HENRIQUEZ DE JORQUERA

ANALES DE GRANADA

DESCRIPCIÓN DEL REINO Y CIUDAD DE GRANADA.

CRÓNICA DE LA RECONQUISTA (1482-1492).

SUCESOS DE LOS AÑOS 1588 A 1646.

EDICIÓN PREPARADA, SEGÚN EL MANUSCRITO ORIGINAL,

POR

ANTONIO MARÍN OCETE

PUBLICACIONES DE LA FACULTAD DE LETRAS.

G R A N A D A.

1934.

Trayectoria personal y académica

El desmedido amor por los libros que siempre sintió Manuel Barrios Aguilera, y que se tradujo en una intensa trayectoria como lector, historiador, editor y bibliófilo, merece una aproximación a su figura cuando se cumple un año de su desaparición. Creo que solo así se entiende la fundación de *Archivum* y el esfuerzo que le dedicó durante casi treinta y cinco años.

Manuel Barrios nació en Almería en 1941 en el seno de una familia que había vivido buenos años antes de la Guerra Civil, gracias al cualificado empleo de su abuelo materno en las minas de Macael; el antifranquismo de este le llevó a perder su empleo e iniciar un difícil itinerario que marcaría la infancia de su nieto. Nada más nacer Manuel, la familia se trasladó a Moclín buscando aire de montaña para su madre, Amelia, que padecía de tuberculosis. Allí estuvo hasta los diez años, fecha en la que se estableció en Granada.

La Granada autárquica de los años 50 fue la ciudad de su infancia, una ciudad cuya superficie era poco más que la de su casco histórico, estrechamente relacionada con la Vega, con una Gran Vía que conservaba su aire de bulevar arbolado o el tranvía circulando por doquier. Pero quizás lo que más huella dejó en sus recuerdos fue la intensa vida de las plazas, que eran expresión de la idiosincrasia de cada barrio y escenario de partidos de fútbol y todo tipo de juegos callejeros. A pesar de la pobreza de los tiempos y de que su familia lo pasó mal, la imagen de aquella bella ciudad siempre la evocaba con emoción. Eran muchos los parientes y amigos que recordaba con cariño de aquellos años, galería de personajes que, en expresión suya, habría dado para escribir una novela al estilo de las de Pío Baroja. Este fue uno de los muchos novelistas de su adolescencia y juventud, a los que leyó vorazmente tanto en Granada como en los largos veranos que pasaba en Málaga en casa de unos tíos, y donde se sentía tan desubicado que prefería la lectura en parques a irse con unos primos con los que congeniaba poco.

Estudió magisterio en la Escuela Normal, en cuyas aulas destacó como estudiante e hizo amistades que le acompañaron toda su vida. Obtenido el título en 1961 tras una brillante oposición, marchó como maestro a los pueblos de la provincia (Ventas de Zafarraya, Alhama, Montefrío, Loja) en el arranque del Desarrollismo. Cuando volvió a instalarse en la ciudad en 1968, el daño urbano y paisajístico que pudo contemplar era brutal. Nunca dejó de denunciar con clarividencia aquel periodo de anarquía urbana que innecesariamente había desfigurado una hermosa ciudad. Aquel destrozo fue algo que nunca perdonó.

Su capacidad de organización y trabajo le dieron un temprano prestigio. Todo lo que hacía se lo tomaba con un gran sentido de la responsabilidad. Incluso en el servicio militar obligatorio llegó al grado de alférez. Un amigo de Loja, al que se tenía por filósofo de la vida, le mostró su asombro por el empeño que había puesto en algo que no le interesaba en absoluto, como era la vida militar, y le espetó: “Manolo, tu lo que eres es un pringón”. Fue precisamente en sus años de profesor en Loja cuando el general Francisco Franco convocó un referéndum para “demostrar” el apoyo unánime del pueblo español hacia su figura. Manuel, junto con algunos amigos maestros, hizo ostentación de voto negativo y la noticia llegó a la Delegación de Educación, que tomó nota de ello como años después supo.

A mediados de los años sesenta fue destinado a Alhama, donde se instaló en la Pensión de Teresa, que lo trató casi como una madre. En la pensión y en general en Alhama llevó una vida de pequeñas tertulias formadas por los maestros y algún cura, las cuales no estaban muy lejos de las que describen las novelas del siglo XIX, pues en la España rural el tiempo parecía detenido en muchos aspectos. Allí conoció a Visitación Rozúa, maestra oriunda de Láchar, cuatro años menos que él, con la que se casaría en 1968. Este fue el punto de inflexión que le permitiría con los años dar el salto a la Universidad.

Ya en estos tiempos de itinerancia por los pueblos de Granada empezó a formar una biblioteca, y pronto se vio en la obligación de alquilar

un trastero para guardar los libros, que durante bastantes años firmó y fechó, y de los que nunca se desharía. En su modesta biblioteca inicial debía predominar la literatura, con preferencia por los novelistas ingleses, algunos españoles como Galdós o Baroja, o autores que transitaron entre la literatura y la historia como Andre Maurois, Emil Ludwig o su amado Stefan Zweig.

La Universidad era para él lo más elevado a lo que se podía aspirar, una idealizada Academia de Atenas, en sus propias palabras. Era un sueño aparentemente inalcanzable para alguien que debía impartir clase de lunes a sábados, a veces con la obligación los domingos de llevar a misa a los niños del colegio. Aunque sus intensas lecturas y buena memoria lo hacían destacar y apuntaban a un salto más allá del magisterio, no parecía fácil desde un pueblo y con un modesto salario alcanzar esa vida superior que soñaba en la Universidad.

Fue su esposa la que le animó a solicitar una beca del Estado para la formación de maestros. Ambos la obtuvieron y esto les permitió trasladarse a Granada para estudiar la licenciatura de Filosofía y Letras. Visitación solo permaneció un año con esta beca, porque era profesora de ciencias y matemáticas, y su interés por esa licenciatura era relativo. Además, sus obligaciones de madre crecieron rápidamente, pues tuvo cuatro hijos en solo seis años, y ya se sabe que en esos tiempos todo el peso de la crianza recaía sobre la mujer. Fue destinada a Loja y allí marchó también Manuel Barrios, que, ya con un coche particular, pudo ir y venir a la Facultad de Filosofía y Letras, entonces instalada en el palacio de las Columnas. Contaba de sus viajes que aparcaba el coche en la céntrica calle de las Tablas y que cuando estas terminaban, ya entrada la noche, volvía a Loja, a veces sin cruzarse un solo vehículo en todo el viaje.

La licenciatura la realizó con brillantez entre 1968 y 1972, dado que una media de sobresaliente era condición obligada para la renovación anual de la beca. Fue un estudiante “mítico” en palabras del profesor Antonio Arribas Palau. Al principio, en los cursos comunes, dudó si dedicarse a la lengua o a la historia, y fue el profesor Marcelo Vigil el que lo

convenció para que se dedicase a esta. De su interés por la Lengua quedaría siempre una obsesiva preocupación por el uso correcto del idioma.

Con su destacado expediente Manuel Barrios logró entrar como profesor encargado en la Universidad en el Departamento de Historia Moderna. Bajo la dirección de Juan Sánchez Montes se puso entonces a trabajar en su tesis doctoral, centrada en los repartimientos de Loja en tiempos de los Reyes Católicos, con la que obtuvo el premio extraordinario de doctorado en 1978.

Durante varios años hubo de compatibilizar su docencia en la Universidad con la enseñanza primaria. Su fuerte carácter y voluntad llevaron a que la Delegación de Educación le pidiera que fuera director de un conflictivo colegio en la depauperada barriada de La Paz. Allí hubo de poner orden no solo entre alumnos y padres, sino también entre los propios profesores. Y lo primero que hizo fue vallar el colegio, que no lo estaba, y hacer respetar los horarios con una sirena. Su implicación con el colegio era absoluta, hasta el punto de jugar al fútbol con los niños. Su apuesta por una renovación pedagógica la recordaba un antiguo alumno evocando como un día organizó con los niños el entierro de la vara, instrumento con el que era común que otros maestros les castigaran.

En la Universidad aquellos años de transición a la democracia estuvieron marcados por la lucha de los Profesores No Numerarios para lograr desbloquear una estructura marcada por una situación que no sería exagerado calificar de caciquil. Él lo hizo afiliado a la Federación de Enseñanza de la Unión General de Trabajadores.

Era frecuente en esos tiempos que por nuestra vivienda en la calle Pedro Antonio de Alarcón pasaran jóvenes profesores como Margarita Birriel o Juan Luis Castellanos, con los que hablaba acaloradamente de la vida académica y, por supuesto, de historia. También venían otros profesores de la vieja escuela como José María García Fuentes o Pedro Gan. A este último, autor del estudio preliminar del libro que el lector tiene entre las manos, lo recuerdo como una persona amable, inquieta y de cuerpo menudo, que tenía una notable erudición y curiosidad.

Manuel Barrios desempeñó dos profesiones hasta que, en una arriesgada decisión, decidió abandonar su plaza de funcionario en magisterio y quedarse solo con su precario contrato universitario. Esto le permitió alcanzar, tras no pocos esfuerzos, la titularidad en 1986.

Como profesor era exigente y no escatimaba atención a los alumnos. Tuvo muy buena conexión con ellos en los primeros años, como recuerdan estudiantes que luego serían destacados investigadores, caso de José Antonio González Alcantud o Manuel González de Molina. Con el tiempo la relación se hizo más distante, cuestión que sin duda tiene mucho que ver con la edad. Su voz potente, pausada y persuasiva, y su saber enciclopédico, imponían mucho a los alumnos.

En las revisiones de examen citaba a todos los estudiantes para comentarles uno por uno sus ejercicios. Puedo contar la anécdota de un alumno que, aguardando en el departamento su turno para la revisión de examen, comentó a una compañera: “Esto sí que hace hombres y no la legión”. Este episodio se lo conté y siempre lo recordaba riéndose.

Manuel Barrios se sentía muy a gusto en la Universidad, aunque a veces tuviera sus desencuentros, que se tomaba muy a pecho. Las vacaciones, por el contrario, podían llegar a ser un calvario y con frecuencia se le veía de mal humor, sin poder encontrar el ambiente de concentración adecuado en su vivienda de la playa. El primer día de septiembre que subía al Campus de Cartuja volvía eufórico...

No obstante, su lugar predilecto de trabajo era su biblioteca particular, que al principio tuvo en una habitación en su vivienda de la calle Pedro Antonio de Alarcón, y que más tarde, cuando adquirió una casa en la urbanización el Serrallo, trasladó a un salón de cien metros cuadrados. A lo largo de su vida reunió una biblioteca de 7.000 volúmenes, la mayoría de historia y en menor medida literatura, cine y otras materias. Le gustaba estar al día en su disciplina y poseer esos “trozos de saber” que eran los libros.

Editor e historiador

Manuel Barrios decía que no le atraía la gestión académica, pero que le ofrecieron dirigir lo único que le gustaba, el entonces llamado Servicio de Publicaciones. Por ello siempre guardó un cariñoso recuerdo de aquellos rectores (José Vida, Pascual Rivas y Lorenzo Morillas) que confiaron en él. Sin duda, “Publicaciones”, que es como él llamaba a lo que acabó transformando en una Editorial, fue una etapa feliz de su vida. Y por fortuna, fue una etapa larga y fructífera.

Tenía ideas muy claras sobre cómo debían maquetarse los libros, qué podía considerarse una publicación universitaria y qué no, y cómo agrupar lo que se editaba en colecciones. Le gustaban las páginas con una caja muy compacta y puso mucha atención en las portadas y la calidad del papel, logrando que los libros universitarios no mostraran el aspecto de obras autopublicadas que tenían algunas de las ediciones previas a su llegada al Servicio. Esta claridad de ideas procedía de su pasión bibliófila. Como recuerda su compañero de departamento Miguel Luis López-Guadalupe, tenía una manera muy especial de coger los libros y pasar las páginas casi acariciándolas. A sus hijos nos pedía que forráramos los libros para no deteriorarlos, pues odiaba los picos doblados.

Como editor también dio un notable impulso a las revistas, algunas de las cuales presentaban ediciones toscas, casi caseras, y que con él adoptaron buena presencia, formatos estables y más regularidad en la periodicidad. Particular cariño tenía por la revista *Chronica Nova*, de la que fue su director desde 1985 hasta su jubilación en 2010, y que goza de notable reconocimiento en el ámbito de la historia moderna. Por cierto, en los números 37 y 47 de esta revista, Inmaculada Arias de Saavedra y Miguel Luis López-Guadalupe glosan la trayectoria investigadora de Manuel Barrios con el rigor de especialistas en la materia.

Su labor como editor le dio mucho prestigio en la Universidad, aunque también desagradó a aquellos que estaban acomodados a antiguos usos. Suprimió la anticuada imprenta para poder centrarse en la edición,

o rechazó las obras de creación literaria como impropias de una editorial universitaria. La Editorial Universidad de Granada pronto destacó como puntera en el ámbito nacional y Manuel Barrios llegó a ser nombrado presidente de la Unión de Editoriales Universitarias.

Como historiador tuvo una formación en buena medida autodidacta. No podía ser de otra manera en la Granada de los años 70, en un contexto de dictadura y en una ciudad tan alejada de Europa como esta. Siempre le gustó estar al día en lo que se publicaba sobre historia moderna, fue metódico en su trabajo documental y cuidadoso en la exposición formal. Consideraba que toda investigación debía empezar por elaborar un estado de la cuestión. Probablemente el historiador que más le influyó fue Fernand Braudel y en general tuvo una clara inclinación por la Escuela de Anales en su primera etapa, aunque podría citarse una larguísima nómina de historiadores que le interesaron y por los que sentía admiración. Nunca se encerró en una corriente historiográfica y, aunque consideraba al igual que E. H. Carr que había que descubrir “de qué pie cojea un historiador”, rechazaba los vetos ideológicos que podían llevar a despreciar buenas investigaciones por el sesgo ideológico del autor. Tampoco le gustaron nunca las fáciles interpretaciones “presentistas”, o sea, el uso de hechos históricos como arma arrojadiza en los debates políticos. En su obra *La suerte de los vencidos* denunciaría a ese “comunicador-historiador de ocasión” siempre dispuesto a “establecer paralelismos entre el pasado histórico y el presente, casi siempre burdos e impropios, pues suele carecer de conocimientos suficientes de ambos tiempos, del pasado y del presente, y de la ponderación que da el verdadero conocimiento”. Lo cual no obsta para que considerara la historia bien estudiada como una herramienta de reflexión útil en la mejora de la sociedad.

Empezó investigando los procesos repobladores y el reparto de las tierras de los moriscos, un tema crucial para entender el Reino de Granada y en el que fue, junto con su compañera Margarita Birriel, un innovador. Pero llegó un momento en que quedó muy saturado de la historia económica; en palabras suyas, “estaba harto de contar celemines y fane-

gas”, si bien esto no era del todo cierto, como prueban su libro sobre toponimia con el arabista Amador Díaz y otras investigaciones de la época. Se orientó entonces hacia la historia de las mentalidades con la mirada puesta en dos temas con relación entre sí, la vida de los moriscos y los falsos hallazgos martiriales de la Granada Contrarreformista.

Impulsó congresos, la mayoría de pequeño formato para ser más operativos, e impulsó numerosas obras colectivas con autores como Mercedes García Arenal, Bernard Vincent, José Antonio González Alcántud o Ángel Galán. En ellas participaron además de muchos de los profesores que voy citando, jóvenes investigadores a los dirigió la tesis, como Javier Castillo Fernández, Julián Pablo Díaz López, Carlos Javier Garrido, Juan García Latorre o Antonio Muñoz Buendía.

Los más de quince años que dedicó a la Editorial de la Universidad no detuvieron, pero sí ralentizaron, su carrera como historiador. No obstante, su presencia en la editorial le permitió poner en marcha muy diversas iniciativas como la edición y coordinación junto a Rafael Peinado y Francisco Andújar de los tres amplios volúmenes de la *Historia del Reino de Granada* (2000), que aspiraba a sacar de su relativa marginalidad en la historiografía esta antigua región administrativa de la España de la Edad Moderna. Para obras como esta siempre buscaba instituciones que las respaldaran, o sea, hizo de la coedición una práctica habitual que tuvo bastante éxito gracias a la calidad y puntualidad con la que aparecían las publicaciones de la Universidad.

Cuando terminó su trayectoria como editor pudo dedicarse con redoblada energía a la investigación y coronar su carrera académica con la obtención de la cátedra. Sus dos últimas décadas fueron las más productivas como historiador. Pudo dar a la luz obras de referencia como *Granada morisca, la convivencia negada* (Comares, 2002) o *La invención de los libros plúmbeos. Fraude, historia y mito* (EUG, 2011).

Siempre que publicaba un libro colocaba un ejemplar en un atril como si fuera el retrato de un familiar y lo tenía varios días o incluso semanas a la vista. Lo hizo así desde sus primeros trabajos, modestamente

editados, hasta sus últimos libros. De vez en cuando los ojeaba con el amor de un padre hacia un hijo. Para él la publicación de un libro no fue nunca un acto académico rutinario.

En sus últimos años veía con disgusto cómo la Universidad española había caído en la aridez de promocionar la publicación de artículos pensados para superar evaluaciones, pero no concebidos para ser leídos más que por sufridos especialistas. Frente a esta dinámica preconizaba una alta divulgación. Admiraba a aquellos historiadores que como Antonio Domínguez Ortiz, Joseph Pérez o J. H. Elliot eran capaces de llegar a un público amplio sin rebajar el rigor de sus escritos. Le preocupaba que ante la falta de amenidad de los universitarios la divulgación histórica quedara en manos de novelistas y eruditos locales. Su libro *Falsarios de novela, sobre historia y literatura* (EUG, 2016) contiene algunas de sus reflexiones más extensas sobre este asunto.

Sorprende que no le gustara mucho viajar, y que sus viajes predilectos fueran los que podía hacer desde el sillón de su biblioteca. En ella, además de a la lectura, podía dedicarse a sus otras aficiones, como la música clásica, en la que tenía predilección por la triple B alemana (Bach, Beethoven y Brahms). Pero si alguna pasión le acompañó toda su vida, esa fue la del cine. Era un tema del que no se cansaba de hablar, luciendo una extraordinaria memoria. En su adolescencia y juventud fue la evasión ante las dificultades que atravesó su familia. Esa afición quedó en un segundo plano cuando se casó y tuvo hijos, y se volvió imposible acudir a las salas de cine. Pero su cinefilia volvió con fuerza cuando aparecieron Canal Satélite con sus canales temáticos y poco después el DVD. Así, el cine fue de nuevo su pasión tras jubilarse, y compró y leyó innumerables libros. Sorprendentemente no escribió nada sobre esta materia.

A este respecto hay que decir que siempre superó la tentación de dispersarse como investigador. Con rigor se centró en unas temáticas perfectamente conectadas y realizó una obra sólida y coherente. Él mismo me confesó que en cierta manera había sido víctima de su rigor, pues siempre albergó el deseo de tocar temas de ámbito europeo con carácter

ensayístico. Pero su disciplina y la propia dinámica académica, que premia la especialización, le llevaron a no traspasar ciertas líneas temáticas y geográficas.

La jubilación fue para él un destierro que además quiso padecer de forma estoica, pues renunció a prolongar su presencia universitaria como emérito. No quería ser, decía, uno de esos “profesores viejos” que se empeñan en pulular por los departamentos y estorban a los jóvenes docentes. Para quien siempre había sido un voluntarioso luchador, el ocaso era una etapa poco llevadera, por mucho que siguiera trabajando en sus temas de investigación. En sus últimos meses, cuando hacía en él mella la enfermedad, se lamentaba con frecuencia de la fatalidad que era envejecer. Siempre había sido un hombre de buen porte, vestido con chaqueta y corbata, y poco dado a la frivolidad.

La colección Archivum

En el proceso de transformación del Servicio de Publicaciones en una Editorial, Manuel Barrios fundó varias colecciones al objeto de dar coherencia y sentido a esa fundamental expresión universitaria que es la difusión de su labor investigadora.

Entre las colecciones que impulsó hubo una que fue una decidida apuesta personal, y que con el tiempo demostraría ser un gran acierto, la colección *Archivum*. Esta comenzó su andadura en 1987 con la publicación del volumen que ahora se reedita, los *Anales de Granada* de Henríquez de Jorquera.

Los estudios preliminares fueron siempre realizados por acreditados especialistas que colaboraban desinteresadamente. En la gran mayoría de las ocasiones con espléndidos trabajos que enriquecían considerablemente la obra al situar su lugar en la historiografía, ofrecer un perfil del autor e incluso actualizarla en algunos apartados. Fue raro el estudio preliminar que decepcionó las expectativas de Manuel Barrios, pero alguno

hubo y, como en privado reconocía, no quedaba otra que publicarlo, pues era el riesgo que se corría al poner ante el compromiso a un autor. Las pocas veces que hubo de transigir lo hizo con gran disgusto.

Pero, insisto, la gran mayoría de los estudios preliminares fueron de su entera satisfacción. Recurrió prioritariamente, por supuesto, a profesores de la Universidad de Granada, que cuenta con reconocidos investigadores en la mayoría de las áreas de conocimiento, pero también a destacados investigadores de ámbito nacional e incluso internacional. Remito para ello a recorrer el catálogo de 116 títulos de la colección para hacerse una idea del elevado número de estudiosos que se prestaron a colaborar, y así evitaré crear agravios mencionando a unos autores y dejando otros en el tintero.

Las temáticas fueron muy diversas, destacando las obras de historia, con temas de arqueología antigua, al-Andalus, medievo cristiano o especialmente historia moderna (los moriscos, la religión católica o la América colonial). No faltaron la historia contemporánea, la historia del arte, la antropología, las ciencias naturales... Tuvieron cabida prioritaria las obras clásicas que tenían a Granada por objeto de investigación, así como los estudios realizados por historiadores granadinos sobre temas nacionales o internacionales. Pero la colección también acogió obras sin relación temática ni de origen con la ciudad, que le fueron propuestas por su singular interés y dificultad de ser encontradas. No es de extrañar que *Archivum* ganara un notable prestigio dentro del panorama universitario español.

Gracias a su firme dirección y al sólido respaldo que le dieron los directores de la editorial que le sucedieron, Rafael Peinado y Maribel Cabrera, *Archivum* ha reinado en Granada como colección de facsímiles, eclipsando los esfuerzos de otras editoriales. La solidez de la colección llevó a diversas instituciones (El Legado Andaluzí, Junta de Andalucía, ayuntamientos...) y editoriales a colaborar con ella, incluida la más prestigiosa editorial privada de la ciudad, Comares.

Durante un tiempo *Archivum* tuvo como “competidora” la colección dirigida por Manuel Titos sobre Sierra Nevada, un brillante empeño edi-

torial que se diferenciaba por estar especializada en un asunto muy concreto y no editar solo facsímiles, sino también traducciones y reediciones con nueva maquetación. Esta colección patrocinada por la Caja General de Ahorros de Granada tuvo el mérito, como *Archivum*, de hacer accesibles tesoros bibliográficos que hasta entonces pertenecían al mundo de las rarezas y lo inencontrable. No es de extrañar que a Manuel Barrios y a Manuel Titos les uniera una larga amistad.

La elección de los Anales de Henríquez de Jorquera como primer número

En sus dos últimos años, Manuel Barrios, con la salud y el ánimo debilitados, centró sus esfuerzos intelectuales en la publicación de un libro, *El ciclo falsario de Granada* (Comares 2021), que, a modo de testamento investigador, ofrece con carácter a la vez divulgativo y polémico una visión panorámica de los hallazgos de la torre Turpiana, el Sacromonte y la Alcazaba Cadima, un tema que le había apasionado y llevado a leer críticamente todo lo publicado sobre la materia, incluidas las obras de narrativa.

La colección *Archivum* quedó aparcada. Era evidente que ya no se encontraba con ánimo y energía para ese duro esfuerzo que puede suponer la selección de un libro interesante, la búsqueda de un prologuista desinteresado y la inevitable presión que debe ejercerse para que presente el texto en plazo. Menos dispuesto se encontraba aún para el conflicto personal que siempre implica rechazar propuestas que podía considerar de escaso nivel o temática inadecuada para la colección.

Sin embargo, la directora de la editorial, Maribel Cabrera, estimaba con buen criterio que esta exitosa colección merecía continuar. Podría haber impulsado una nueva colección de este tipo, pero creía que el prestigio acumulado debía conservarse y que no era elegante sortear al antiguo director. Sabía que a Manuel Barrios le costaba imaginar a *su criatura* bajo la tutela de otra persona, pero Maribel finalmente encontró

al universitario que reunía las virtudes adecuadas para que la cesión del testigo se hiciera de buen grado y con garantías, el profesor Juan Calatrava. Con él Manuel Barrios compartía la pasión por el libro bien editado, una dilatada experiencia editorial (Juan Calatrava es cofundador de la prestigiosa editorial Abada) y un franco reconocimiento intelectual. Así pues, la colección *Archivum* comienza una nueva y prometedora trayectoria.

Que los *Anales* de Henríquez de Jorquera fuera el libro elegido en 1987 para lanzar la colección no es casualidad, pues constituía un referente fundamental para todo historiador que se aproximara a la Edad Moderna granadina. Era un manuscrito inconcluso cuando en 1645 falleció su autor, y no fue publicado íntegramente hasta 1934 en una edición que pronto se agotó. Su reaparición constituía un éxito garantizado amén de un servicio cultural tanto a la comunidad investigadora como a los muchos amantes de la historia de esta ciudad.

El libro cuenta con un prólogo de Antonio Marín Ocete, que en buena medida recogió lo investigado sobre este manuscrito y su autor por el erudito Francisco de Paula Valladar, y un estudio preliminar de Pedro Gan Giménez que ubica perfectamente la obra en la literatura de su tiempo y señala algunas de sus imprecisiones cronológicas. Ambos textos se complementan perfectamente y son lectura obligada para iniciar una provechosa aproximación a los *Anales*. Nada nuevo se ha publicado sobre la cuestión que obligue a actualizar estos preámbulos. Solo indicaré que este libro lo he leído en dos ocasiones y lo he consultado innumerables veces, siempre con provecho, pese a lo irregular que es su contenido. Nuestro conocimiento de la ciudad y del Reino de Granada en la primera mitad del siglo XVII sería mucho más pobre si Henríquez de Jorquera no hubiera dedicado muchos años a la elaboración de esta prolija obra que, por motivos desconocidos, nunca concluyó.

Juan Manuel Barrios Rozúa
Granada, 18 de marzo de 2022